

STALIN

Por Pablo Miranda

Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador – PCMLE

Extractos de una charla realizada en República Dominicana con ocasión del cincuentenario de la muerte del c. Stalin, por invitación del Partido Comunista del Trabajo.

Durante su vida el camarada Stalin concitó la admiración y el cariño de la clase obrera y de todos los pueblos de la vasta Unión Soviética, también el respeto y la amistad de los trabajadores de los cinco continentes, el fervor y el entusiasmo de los comunistas de todos los países y, por supuesto el odio de los reaccionarios, de los imperialistas y burgueses que se sentían heridos profundamente por los colosales realizaciones de la Unión Soviética, por las grandes gestas económicas, culturales, tecnológicas y científicas de los trabajadores y la intelectualidad socialista, por los grandes y resonantes triunfos de la revolución y el socialismo, de los comunistas.

En esa conjura contra Stalin en cuyo nombre se combatía al comunismo se destacó por su maledicencia y persistencia la propaganda nazi que no dejaba pasar un día sin lanzar sus funestas diatribas.

Por supuesto, ese odio contrarrevolucionario y anticomunista caracterizó también a Trotski y sus seguidores.

Poco después de la muerte de Stalin se sumaban al coro de los reaccionarios y anticomunistas de todos los países que siempre denostaron contra Stalin, las voces de los “comunistas” que habían accedido a la dirección del Partido y del Estado soviéticos.

Desde entonces hasta nuestros días el anti estalinismo es la voz recurrente de todos los reaccionarios, de los ideólogos de la burguesía, de los trotskistas, de los revisionistas y de los oportunistas de todos los colores.

Atacando a Stalin se pretende echar abajo las extraordinarias realizaciones del socialismo en la Unión Soviética y en lo que fuera el campo socialista, se quiere minimizar e incluso ignorar las grandes contribuciones del ejército rojo y los pueblos soviéticos en la lucha decisiva contra el nazismo, se intenta denigrar al partido comunista y al régimen socialista como totalitarios, como negación de la libertad y la democracia. En nombre de Stalin se dispara contra

Lenin, contra Marx y el socialismo. Denigrar a Stalin como un burocrata y sanguinario significa atacar la dictadura del proletariado y con ella negar la libertad de los trabajadores y los pueblos, la democracia socialista. Calumniar a Stalin como un ignorante y mediocre es desconocer sus grandes contribuciones a la teoría revolucionaria, al marxismo leninismo. Atacar a Stalin significa negar la necesidad de la existencia y la lucha del partido comunista, transformarlo en un movimiento de libre pensadores y anarco sindicalistas, quitarle su esencia leninista, el centralismo democrático.

El colmo del anti estalinismo es tachar de estalinistas a quienes traicionaron la revolución y el socialismo en nombre de acabar con los “crímenes de Stalin” y de hacer de la Unión Soviética un “país democrático”. La estulticia de los reaccionarios y de los oportunistas no les permite distinguir que Jrushov, Bresnev, Gorbachov y Yelsin, confesos anti estalinistas destruyeron piedra sobre piedra la gran obra de la clase obrera y de los pueblos soviéticos, de los comunistas, de Lenin y de Stalin.

Los ataques a Stalin son de tal magnitud que incluso, un número importante de luchadores sociales, de izquierdistas y de revolucionarios han caído víctimas de sus infundios. En lo fundamental, se trata de personas sinceras, interesadas en la liberación social y nacional que desconocen la personalidad y la obra de Stalin y por eso hacen el coro a varias de esas tergiversaciones. Se trata también de algunos revolucionarios pequeño burgueses que atacan a Stalin desde posiciones pretendidamente “humanistas”.

A los comunistas de ahora nos corresponde defender la verdad revolucionaria sobre Stalin y nos compete íntimamente puesto que somos sus camaradas, sus continuadores.

La Gran Revolución Socialista de Octubre constituyó una de las grandes epopeyas de la humanidad. Los trabajadores y los pueblos del país más grande de la tierra se pusieron de pie, emprendieron un largo proceso revolucionario, dirigidos por el Partido Bolchevique que los condujo a la victoria en Octubre de 1917. Esa grandiosa hazaña de los obreros y campesinos, de los soldados y la intelectualidad fue un proceso sinuoso, complejo, repleto de recodos y avances.

La revolución proletaria que hiciera añicos el imperio de los zares, es inconcebible sin la guía esclarecedora del marxismo que se erigía como la doctrina emancipadora de la clase obrera; sin los esfuerzos de los comunistas rusos, principalmente de Lenin por su

aplicación creadora en las condiciones sociales, económicas, culturales, históricas y políticas de la vieja Rusia; sin la construcción, la existencia y la lucha del Partido Bolchevique; sin la participación decidida de la clase obrera y de los millones de campesinos pobres; sin la movilización social y política de las grandes masas; sin la existencia y el combate del Ejército Rojo; y, sin la importante contribución de la clase obrera internacional.

Varias décadas de huelgas y luchas callejeras; la utilización de la lucha parlamentaria y la participación de los comunistas en la Duma; la lucha ideológica y política contra la burguesía y la autocracia zarista; la organización de los Soviets de obreros, campesinos y soldados; el gran debate teórico y político contra el oportunismo en el interior del partido que diera lugar al arrinconamiento de las tesis y propuestas mencheviques y a la constitución del partido de los bolcheviques regido por el centralismo democrático; las encendidas batallas contra el social chovinismo y el social pacifismo en escala internacional; la profusa y fecunda actividad propagandista de los comunistas; la lucha por conquistar la hegemonía ideológica y política en el seno de los Soviets; la revolución de 1905 y sus lecciones; la revolución de febrero de 1917, sus resultados y consecuencias; la gran insurrección armada de Octubre; los acuerdos de paz de Brest-Litovsk; la guerra civil revolucionaria; la implantación de la dictadura del proletariado, constituyen los rasgos y características más salientes de la lucha por el poder de los comunistas rusos, organizados en el Partido Bolchevique.

Stalin nació en Gori, un pueblito cercano a Tiflis, en Georgia, el 21 de diciembre de 1879. Su padre fue un zapatero hijo de siervos y su madre, sirvienta, hija también de siervos.

Ingreso a las filas del partido en 1898, cuando tenía 19 años y desde entonces su vida, su pensamiento, sus sueños, su esfuerzo intelectual y físico estuvieron consagradas a la causa del comunismo, a la lucha por la revolución y el socialismo.

Hasta marzo de 1917 cuando se integra a Petrogrado y a la dirección del Pravda, Stalin ha sido y es un infatigable organizador de sindicatos y del partido, de movilizaciones y huelgas, de periódicos y revistas, estudioso del marxismo y autor de varios documentos y propuestas, ha estado en las cárceles y el destierro, en congresos y conferencias del partido. Es un combatiente y un dirigente de la revolución.

El período revolucionario abierto por la revolución de febrero es el escenario de grandes confrontaciones ideológicas y políticas contra la burguesía y los imperialistas, pero también contra los mencheviques y los socialistas revolucionarios, y también en el interior del partido. Todo el proceso de ganar la mayoría de los Soviets para la política de los bolcheviques tiene en Stalin un gran conductor y ejecutor. La preparación de la insurrección, los contactos y preparativos técnicos y militares y también el debate en la dirección del partido Bolchevique tienen en Stalin un protagonista de primera fila; es un gran compañero de Lenin en todas las facetas del trabajo político.

Stalin forma parte del primer gobierno soviético en calidad de Comisario del Pueblo para las Nacionalidades y Pueblos y participa directamente en la guerra civil revolucionaria en su calidad de Comisario y Comandante en varios frentes y demuestra su capacidad militar y política en la forja y consolidación del joven poder soviético y en el fortalecimiento del Ejército Rojo. Es uno de los dirigentes más destacados del partido, del gobierno y del ejército.

En 1921, por decisión del Partido y junto a Lenin participa activamente en la fundación de la III Internacional o Internacional Comunista que habría de jugar un gran papel en la organización y la dirección de la revolución en escala internacional.

Una gran tarea que asume la revolución proletaria es la constitución de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) que significa, en lo concreto, la aplicación de la línea del Partido respecto de las nacionalidades y los pueblos. Esa “cárcel de pueblos” que era el imperio de los zares se convierte en una comunidad de naciones, nacionalidades y pueblos, regida por el socialismo, que postula la defensa y desarrollo de las culturas nacionales, su inclusión en la construcción de la nueva sociedad.

Las responsabilidades asumidas, la entrega y abnegación en su cumplimiento, la capacidad teórica convierten a Stalin en Secretario General del Partido, en 1922. Cuando Lenin muere en 1924 el Buró Político del Partido designa a Stalin como el primer dirigente del partido.

El partido Comunista (Bolchevique), bajo la conducción de Stalin, fiel al legado leninista impulsa durante los años 20 la Nueva Política Económica (NEP) y en medio de grandes dificultades, apoyándose en la movilización de la clase obrera y el campesinado, venciendo el bloqueo, el sabotaje y la resistencia de las clases reac-

cionarias derrotadas y la fuerza del capitalismo individual que surge en la economía campesina consigue rebasar la desastrosa situación material, económica y social en que había quedado Rusia luego de la guerra civil, reducida al 14 por ciento de la producción de antes de la guerra, y que se expresaba en la hambruna generalizada y la profusión de enfermedades.

En este periodo en el interior del partido se libra una enconada batalla ideológica y política entre los bolcheviques y los llamados comunistas de izquierda que pretendían “exportar la revolución” y descargar el peso de la economía en el campesinado, liquidándolo como aliado del proletariado.

En 1929, se da por concluida la NEP y se inicia la colectivización acelerada del campo, la gran batalla contra los kulaks que pretenden revertir el proceso revolucionario en el campo.

En 1930 se impulsa con grandes esfuerzos materiales y apoyados en la movilización de la clase obrera, el proceso de industrialización en gran escala. Es una gran hazaña que exige grandes inversiones y por consiguiente limita las posibilidades para el bienestar de las grandes masas de obreros y campesinos. A pesar de ello el fervor y el entusiasmo revolucionario permite cumplir y aun superar las metas.

En Occidente es la época de la gran depresión, en el país de los Soviets son los tiempos de la construcción victoriosa del socialismo. La Unión Soviética se convierte en la segunda potencia económica y comercial del mundo, después de los Estados Unidos. Durante once años entre 1930 y 1940 la URSS tuvo un crecimiento medio de la producción industrial de 16.5%.

Una buena parte de la acumulación socialista ha de invertirse en la defensa y la seguridad de la Unión Soviética que tiene que hacer frente a la carrera armamentista en la que estaban comprometidos todos los países capitalistas de Europa, EE.UU. y Japón.

Para 1938–39 el fantasma de la guerra imperialista se cierne sobre Europa y el mundo. Los nazis alemanes, los fascistas italianos y los reaccionarios japoneses avanzan rápidamente en la conformación del Eje. Las potencias occidentales capitaneadas por la alianza anglo-francesa trabajan afanosamente por concertar un pacto con Alemania a fin de incitarla para que dirija sus ataques contra la Unión Soviética, en el propósito de liquidar a los comunistas, desgastar a los alemanes y entrar en mejores condiciones a la guerra. Es

un juego diplomático sinuoso y artero que entrega la región de Sudets y Checoslovaquia a los alemanes.

La Unión Soviética es una potencia económica y militar en desarrollo, pero su capacidad militar está en condiciones muy inferiores respecto de Alemania, Francia, Inglaterra y EE.UU. Está cercada por enemigos poderosos y requiere recursos materiales y tiempo para prepararse para la eventual guerra que se anuncia con cañones y aviones.

La Unión Soviética requería integrar la diplomacia y la política internacional con el desarrollo industrial y el poder militar. Esta circunstancia obligó a los comunistas a dedicar una gran cantidad de recursos materiales en esa dirección, pero también a buscar alternativas diplomáticas que le permitan su defensa.

Varias reuniones internacionales, interminables propuestas y proyectos se trataban en las cancillerías. La Unión Soviética no pudo concretar una alianza contra el nazismo puesto que el interés principal de las potencias occidentales la colocaba en la mira. En estas condiciones y en su defensa suscribió en agosto de 1939, el Pacto Molotov-Von Ribbentrov, de “no agresión, entre Alemania y la Unión Soviética”.

Este Tratado Internacional permitió a la Unión Soviética un tiempo preciosísimo para el impulso de su industria militar. Utilizando grandes recursos materiales y la voluntad de los pueblos en poco tiempo se pudieron construir aviones, tanques, cañones, armas y municiones en grandes cantidades y simultáneamente se pudo trasladar lo fundamental de la industria emplazada en la Rusia europea hacia el Oriente, detrás de los Montes Urales.

La Segunda Guerra Mundial estalló en 1939. Los alemanes invadieron Polonia, Checoslovaquia, Austria, los Balcanes, Francia, Bélgica y los Países Bajos y utilizando la táctica “blitzkrieg”, la guerra relámpago, en pocas semanas destruyeron los ejércitos de esos países e impusieron gobiernos títeres.

Para cuando se produjo la invasión de la Unión Soviética en 1941, los alemanes no tuvieron la capacidad militar para aplicar y vencer con la guerra relámpago, se toparon con la resistencia del Ejército Rojo, los guerrilleros y las grandes masas de obreros y campesinos que defendían la patria socialista. El Ejército Rojo opuso una fiera resistencia y fue cediendo espacios a las tropas nazis, forzándolas a penetrar en el vasto territorio, sembrado de guerrilleros que las hostilizaron persistentemente. No pudieron tomar Lenin-

grado y menos Moscú. En Stalingrado se libró una gran batalla, calle por calle, casa por casa, hombre por hombre. Los rojos resistieron y luego, tomaron la iniciativa y vencieron al ejército alemán. Comenzó de esa manera el principio del fin de la bestia fascista.

El Ejército Rojo emprendió la reconquista de los territorios ocupados por los nazis y avanzó victorioso por las montañas y llanuras europeas, contribuyendo a la liberación de varios de los países de Europa Oriental, hasta Berlín, que fue tomado el 9 de mayo de 1945.

Esta gran victoria de la Unión Soviética es fruto de la fortaleza del socialismo, de la unidad y voluntad de acción de la clase obrera y de los pueblos, del valor del Ejército Rojo, pero, es también consecuencia de la genialidad diplomática, política y militar del Estado Mayor y de la Dirección del Partido y del Gobierno Soviéticos, conducidos por Stalin.

Al final de la Guerra, se produjo la victoria de la revolución en varios países de Europa que erigieron los regímenes de Democracia Popular, el triunfo de la revolución en otros países de Asia y, la Unión Soviética emergió como una gran potencia económica y militar que concitaba el cariño y el respeto de los trabajadores y los pueblos del mundo, de los patriotas y demócratas, de los revolucionarios y muy especialmente de los comunistas. La derrota del fascismo tuvo en la Unión Soviética, en el Partido Comunista y en Stalin a sus grandes protagonistas.

La Gran Guerra Patria significó grandes sacrificios humanos y materiales para el Estado Proletario. La victoria alcanzada se erigió sobre el gran patrimonio espiritual del socialismo que cobija a los trabajadores y a los pueblos de la URSS, fue posible por los grandes sentimientos patrióticos que supo insuflar el partido comunista en el cuerpo y en la mente de los pueblos soviéticos, por el entrañable afecto de los trabajadores al poder soviético, por el valeroso y corajudo aporte de los comunistas que pusieron toda su capacidad y energía en la defensa del socialismo. La cuota de la Unión Soviética en la segunda guerra mundial rebasó los 20 millones de seres, de los cuales un poco más de 3 millones correspondían a valerosos miembros del partido bolchevique. El partido entregó sus mejores hombres a la guerra, perdió invalorable cuadros políticos y militares, pero, también templó más aún el acero bolchevique, al término de la guerra contaba con más de 5 millones de nuevos militantes.

En Yalta y Teherán, en la mesa de las negociaciones de paz, los trabajadores y los pueblos del mundo tuvimos un gran representante, el camarada Stalin que supo, con sabiduría, prudencia y aplomo reivindicar los derechos de los pueblos y países víctimas de la guerra y el fascismo, contribuir al establecimiento de los acuerdos y abrir el paso a nuevos niveles de democracia y libertad en el mundo.

La Segunda Guerra fue el preludeo de la liberación nacional de decenas de países que en los cinco continentes conquistaron su independencia quebrando el viejo orden colonial. La Unión Soviética dirigida por Stalin fue siempre la segura y confiable retaguardia de ese gran movimiento liberador.

En el campo de la revolución, las victorias alcanzadas en Albania y otros países del Este de Europa, en China, Corea y Vietnam dieron lugar a la constitución del poderoso campo socialista. Un cuarto de la población que habitaba en un tercio de la superficie del planeta construía el socialismo y tenía en la Unión Soviética, dirigida por Stalin, un ejemplo esclarecedor y un apoyo sin reservas. En el resto del mundo, la clase obrera, el campesinado, la juventud y la intelectualidad progresista veían con certeza y confianza el futuro socialista de la humanidad.

El fin de la Segunda Guerra Mundial estableció de otro lado, un nuevo orden de cosas en el ámbito del capitalismo. Los EE.UU. se erigieron como la primera potencia mundial y hegemonizaron a los países capitalistas.

Se planteó una nueva contradicción en el ámbito internacional: la que oponía al viejo mundo del capital con el mundo nuevo del socialismo. Los ideólogos y políticos burgueses la bautizaron como “guerra fría”, haciendo alusión al antagonismo de la disputa.

Una vez más la superioridad del socialismo se hizo evidente. En la Unión Soviética, pero también en los otros países del campo socialista florecieron la cultura y el bienestar de las masas, la ciencia y la tecnología, el progreso social y material de los trabajadores y los pueblos. Se pudo construir la bomba atómica en 1949 y en 1957 la URSS iniciaba la carrera espacial, tomando la delantera.

El neocolonialismo, forma de dominación imperialista, surgida luego de la independencia de las naciones y países dependientes, tuvo siempre, un contrapeso en la Unión Soviética dirigida por Stalin. Los pueblos de las antiguas colonias tuvieron siempre un amigo leal.

En pocos años, desde 1917 a los primeros años de la década del 50 los proletarios, dirigidos por los comunistas organizados en el Partido Bolchevique de Lenin y Stalin construyeron los sueños de un nuevo mundo, el mundo del socialismo. Lo construyeron en lo fundamental, muchas cosas faltaron, algunas fallaron, pero jamás la humanidad conoció una democracia más amplia y verdadera, nunca antes el hombre de las multitudes pudo acceder al bienestar social y material, a la igualdad entre sus pares. Era la democracia proletaria.

Fue una epopeya de los trabajadores y los pueblos, la concreción en la vida de la teoría científica del marxismo leninismo, el esfuerzo gigantesco de los comunistas, la labor serena e intrépida de los jefes, de Lenin y Stalin.

Cuando hablamos de Stalin nos referimos al conductor, al organizador, al Jefe, al camarada y al amigo, en realidad a uno de los grandes constructores del hombre nuevo, de la nueva humanidad.

Esta connotación de Stalin no se puede concebir sin descubrir y aprender de su extraordinaria obra teórica.

Desde los inicios de su militancia comunista se caracterizó por valorar justamente el rol de la teoría en el proceso de organizar y hacer la revolución. Estudió los materiales marxistas que tuvo a mano, el Manifiesto del Partido Comunista, las obras de Plejanov, y pronto empezó a conocer a Lenin, en sus escritos y directivas, en su valía de organizador y jefe de los comunistas, hasta verlo físicamente en uno de los eventos partidarios, desde cuyo momento surgió una gran amistad afirmada en la militancia y la gran comunidad de opiniones e inquietudes. Stalin fue también un gran lector de la literatura rusa. Un hombre de vasta cultura, que crecía diariamente, durante toda su vida.

Cómo no tener presente en la formación de los comunistas de todos los países sus obras más destacadas: Socialismo y Anarquismo, El Marxismo y la Cuestión Nacional, Acerca del Problema de las Nacionalidades, La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos, Los Fundamentos del Leninismo, Las Cuestiones del Leninismo, Trotskismo y leninismo, Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, El marxismo y la lingüística, Problemas económicos del socialismo en la URSS, los Informes a los Congresos del Partido Comunista.

Stalin es un teórico de la revolución, un marxista que recrea y desarrolla la teoría revolucionaria en el propósito de dar respuesta a los problemas planteados por la revolución. No se trata de un teoré-

tico que especula con los conocimientos en la pretensión de suscitar ideas y propuestas. No, su trabajo teórico aborda asuntos palpitantes que tienen que ver con el desarrollo de la lucha de clases, con los problemas que tropieza el partido, los sindicatos, el estado y la revolución en escala internacional.

La profundidad de sus escritos no está reñida con la forma sencilla de hacerlos conocer. Stalin es riguroso en el análisis teórico, sus anotaciones tiene validez, constituyen una verdadera guía para la acción, como el mismo lo señalara refiriéndose al marxismo, pero además, es sencillo, fácil de comprender.

Los detractores de Stalin insisten en algunos asuntos que conviene analizar. Todos ellos: los reaccionarios confesos de anticomunismo, los trotskistas, los revisionistas y los oportunistas de todos los colores coinciden principalmente en los siguientes cargos: la mediocridad intelectual, el testamento de Lenin que supuestamente lo condenaría, la construcción del socialismo en un sólo país, la colectivización violentada, el burocratismo del partido y el estado, el exterminio de la vieja guardia bolchevique, las grandes purgas, el carácter tiránico y sanguinario, la industrialización forzada, la incompetencia en la guerra, el culto a la personalidad.

Respecto de la mediocridad intelectual de Stalin los hechos, la Historia y sus vicisitudes hablan de manera enfática. La Revolución de Octubre, la construcción del socialismo en un gran país y por primera vez en la historia de la humanidad, la pericia para conducir al partido, a la clase obrera, a los pueblos de la URSS, en la gran hazaña de forjar un mundo nuevo no habrían sido posibles con un conductor mediocre, pobre intelectualmente. Esas diatribas se caen por su propio peso. Trotski que funge de gran teórico y hombre de cultura y que es uno de los detractores en este terreno, fue precisamente derrotado, en la teoría y en la práctica por quien, según él, fuera un mediocre.

En relación al denominado “Testamento de Lenin” se ha escrito gran cantidad de sandeces, como que Trotski sería el ungido por Lenin para reemplazarlo en la jefatura del Partido, como que esas notas de Lenin se habrían ocultado al Comité Central. Nosotros diremos que la salud de Lenin estaba muy quebrantada para los días en que se supone escribiera el famoso “testamento”, su sensibilidad se encontraba sustraída por las quejas de su compañera. Sin embargo Lenin tenía la suficiente cultura política revolucionaria, la suficiente formación bolchevique como para entender que no podría

elaborar un testamento, una última voluntad; sabía además que un dirigente, cualquiera que sea su rango sólo puede dar opiniones en el colectivo, no órdenes. Por estas razones hay que entender esas notas de Lenin, como opiniones, que además, estaban fuera de contexto de la vida cotidiana de la dirección del Partido y del Estado y de ninguna manera como disposiciones a ser acatadas irrenunciablemente. De otro lado, es completamente falso, que esas notas fueran ocultadas al Comité Central; éste las conoció y debatió. Los resultados fueron los conocidos, Stalin fue elegido Primer Dirigente del Partido Bolchevique y esa fue una decisión justa y acertada. Los hechos, la historia lo demuestran fehacientemente. El supuesto unguido por Lenin para dirigente del partido, Trotski, fue ubicado por la vida y la lucha revolucionaria en el basurero de la contrarrevolución.

La tesis leninista de la construcción del socialismo en un país, tiene en cuenta el desarrollo desigual del capitalismo y como consecuencia los diversos estadios de la lucha de clases. Esa situación hizo posible la ruptura de la cadena del imperialismo en su eslabón más débil, la vieja Rusia. Stalin es el continuador de esta Línea. Apoyándose en los obreros y campesinos, en las grandes reservas espirituales y materiales de los pueblos soviéticos construye la gran hazaña, defiende la revolución y da al traste con los detractores de esta tesis. Quienes planteaban la imposibilidad de construir el socialismo en la URSS mientras no triunfe la revolución en los países capitalistas de Europa y tachan a los campesinos de reaccionarios y contrarrevolucionarios se toparon con la piedra en los dientes. La URSS se desarrolló y hasta ahora no se produce la revolución en ninguno de los países capitalistas de Europa.

Sobre la colectivización obligada del campo, los detractores de Stalin señalan que se “violentó la voluntad del campesinado, se destruyó la economía agraria y se eliminó la base social de la revolución constituida por el campesinado medio y rico, los kulaks”. Los hechos son diametralmente diferentes. La obligada vigencia de la NEP en el campo desarrolló de manera natural a la burguesía rural y despojó de la tierra a millones de campesinos pobres, desabasteció de cereales a la población. Asumiendo el marxismo leninismo y teniendo en cuenta la realidad social, el Partido se propuso llevar el socialismo al campo. Apoyándose en los millones de campesinos pobres se impulso un gran movimiento social y político para la formación de las Cooperativas, los Koljoses, esto significó la expro-

piación de los kulaks, en algunos casos los juicios populares y drásticas sanciones. La reacción internacional habló de represión y masacres. En realidad se trató de la revolución socialista en el campo, de la obra de millones de campesinos pobres que asumían su rol de protagonistas en la vida del país de los Soviets. Y, como sabemos, una revolución desata las iniciativas y realizaciones de las masas, pero también la furia contra sus enemigos. Como resultado, florecieron la agricultura y la ganadería, la URSS se convirtió en el primer país productor de trigo, la mecanización y la tecnificación de la agricultura alcanzaron niveles sin precedentes, de punta, en escala internacional.

Es un planteo recurrente acusar a Stalin del burocratismo que efectivamente se fue extendiendo en el partido y el Estado. Stalin no fue un burócrata en ninguno de los momentos de su vida, todo lo contrario, su dinamismo se expresó siempre en el contacto directo con la base del partido y con las masas, el mismo fue uno de los dirigentes de los Soviets antes de la revolución. Toda su vida estuvo en la acción.

El burocratismo es un fenómeno social, una atrofia surgida en la administración burguesa (recordemos que una buena parte de la administración bolchevique hubo de recurrir a los viejos funcionarios zaristas) que penetra en las filas revolucionarias, en el interior del partido, en el seno del Estado. El burocratismo, efectivamente se hizo presente en la vida del Estado Socialista, contagió a no pocos militantes y dirigentes. Las responsabilidades del poder se transformaron en unos casos, en pequeñas y grandes prebendas que fueron creando una casta de burócratas que entorpecían el funcionamiento del partido y de la administración estatal, que separaban al partido de las masas.

Stalin no fomentó el burocratismo pero efectivamente no tuvo ni la capacidad ni la experiencia para extirparlo. Varias ofensivas de carácter ideológico destinadas a erradicarlo se sucedieron, precisamente, por iniciativa de Stalin. La educación política, la lucha ideológica, la vigencia de la democracia en el partido, las elecciones partidarias fueron expresiones de la lucha de los comunistas contra el burocratismo. No pueden descartarse como inservibles. Dieron resultados, permitieron, entre otras cosas, el curso ascendente de las realizaciones sociales y materiales de la dictadura del proletariado, la depuración ideológica, política y orgánica del partido y del Estado, el arrinconamiento y expulsión de varios grupos de oportunistas

y traidores. Más, efectivamente, no lograron erradicar el burocratismo y el oportunismo. Varios oportunistas y traidores esquivaron la lucha ideológica y se agazaparon. Volverían más tarde, luego de la muerte de Stalin.

Está claro que el burocratismo es un edema ideológico que renace persistentemente y que es necesario un combate incesante y hasta las últimas consecuencias. **Stalin no propicio el burocratismo, más bien fue una de sus víctimas.**

La acusación de dictador, déspota y sanguinario endilgada contra Stalin alude a la depuración ideológica, a la represión revolucionaria de los brotes contrarrevolucionarios en la ciudad y el campo, al supuesto exterminio de la vieja guardia bolchevique.

Es indispensable entender que la dictadura del proletariado no es precisamente una fiesta de bodas en la que todo es color de rosa. No, todo lo contrario. Contra la dictadura del proletariado se orquestó toda una campaña armada, económica, de boicot comercial, de penetración ideológica y política por parte del imperialismo y la burguesía internacional. En oposición al nuevo poder de los trabajadores, desde el seno de la sociedad, las clases dominantes viejas, derrocadas por la revolución, pero no eliminadas físicamente, desataron una y otra vez, actos de sabotaje, y pretendieron, no pocas veces, organizar motines y sublevaciones, utilizando mercenarios y hombres y mujeres del pueblo, engañados; se apoyaron en la religión y los popes, en las tradiciones feudatarias, en elementos liberales de la administración y en algunas oportunidades infiltraron a sus agentes en el interior del partido y del Estado soviéticos. En el propio seno del partido, en el nuevo Estado y en el Ejército Rojo aparecieron una y otra vez, elementos descompuestos que atentaron en la teoría y en la práctica contra la dictadura del proletariado, que pretendieron desviar al partido, asumir su dirección, organizar golpes de Estado. Algunos de esos elementos fueron en el pasado, destacados militantes y dirigentes del partido y de la revolución y, pretendían, por eso mismo, aprovechar sus posiciones para cambiar el rumbo del socialismo.

La lucha por preservar y defender la línea del Partido, su unidad ideológica, política y orgánica fue enconada y persistente, pues una y otra vez, la contrarrevolución arreciaba en sus ataques y, durante la vida de Stalin, una y otra vez fue derrotada por la fuerza de la razón, por la firmeza de los bolcheviques, por el apoyo de la base

del partido y del ejército, por la adhesión de las masas de obreros y campesinos.

Efectivamente la vieja guardia bolchevique, aquellos camaradas que soñaron e incubaron la Gran Revolución de Octubre fue quedando atrás. Algunos cayeron en el combate por la revolución, otros fueron asesinados por la contrarrevolución. Otros pagaron el tributo físico a la vida. Algunos sobrevivieron a Stalin.

Los viejos bolcheviques, los comunistas veteranos supieron enfrentar las responsabilidades, aprender a resolver, sobre la marcha problemas y cuestiones desconocidas, se pusieron al frente de la gran proeza de construir el socialismo, y fueron llamados “viejos bolcheviques” no por su condición de viejos sino por sus cualidades, por su adhesión militante y permanente a los principios del marxismo leninismo, por su calidad de cuadros y combatientes comunistas.

La lucha contra las facciones oportunistas en el interior del Partido y del Estado son verdaderas batallas que ponen en tensión al partido, a todos sus militantes, son una manifestación de la firmeza proletaria de Stalin y sus camaradas de armas, constituyen una victoria tras otra, que permiten garantizar la vida del Estado Soviético, la construcción del socialismo y la continuación de la revolución.

Trotsky, Zinoviev, Kamenev y Bujarin fueron los capitostes principales de la contrarrevolución que fueron enfrentados y derrotados, en la teoría y en la práctica, con las realizaciones materiales y políticas, por la justa política de la dirección del partido, encabezada por Stalin.

La leyenda negra de los campos de trabajo, del confinamiento, de los hospitales psiquiátricos, de las cárceles abarrotadas de obreros y comunistas, de los fusilamientos masivos y las fosas comunes no son otra cosa que infames calumnias de los reaccionarios y el imperialismo, de los nazis y la socialdemocracia, de los trotskistas y revisionistas, de los oportunistas. No han podido ser probadas por ningunos archivos y menos por la existencia de los campos de concentración y las fosas comunes. Caen por su propio peso.

Mucho se ha dicho sobre la incompetencia de Stalin para la dirección de la guerra. Nada más fuera de la verdad. Efectivamente Stalin no fue un militar de formación, no estudió en ninguna academia y no se le puede pedir dominio de las artes militares, conocimiento exhaustivo de las armas y de la estrategia y tácticas militares. Más es evidente que fue un militar revolucionario proletario que

aprendió ese arte en el curso mismo de la guerra civil revolucionaria en los primeros años del poder soviético, que se fogueo como tal en los difíciles años de la construcción del socialismo y que jugó un papel destacado en la conducción de la Gran Guerra Patria, en la resistencia contra las hordas invasoras nazis y en la gran ofensiva política y militar que condujo al Ejército Rojo a la toma de Berlín. Nadie ha pretendido que Stalin fuera un gran Jefe Militar, todos los revolucionarios reconocemos en él, al conductor del proletariado y el pueblo soviéticos, al Jefe político del proletariado internacional, al revolucionario proletario, al comunista.

Los señalamientos acerca de que Stalin promovió y utilizó para su prestigio toda la maraña de adulos y exageraciones que se ha denominado “culto a la personalidad” no pasan de ser una parte del arsenal anticomunista.

En los hechos, Stalin recibía diariamente las alabanzas y loas proferidas por sus camaradas y amigos, por los obreros y campesinos que las realizaban de corazón, expresando la gratitud y el reconocimiento. También se hacían presentes los adulos de los oportunistas que aspiraban a los favores. Las primeras manifestaciones eran sinceras, producto del espíritu generoso de los trabajadores y el pueblo, las segundas tenían doble intención, apoyándose en los hechos, pretendían elevar a Stalin por sobre los suyos, por encima de los acontecimientos y de esa manera, aprovechar personalmente esa situación.

El culto a la personalidad fue, efectivamente un defecto de la primera experiencia en la construcción del socialismo. Se inicio con buenas intenciones, pero finalmente degeneró, hizo daño al poder soviético y al propio Stalin. Esta es una cuestión incontestable. Pero de ahí a sostener que Stalin mismo fomentaba esas campañas, que se convirtió en un ególatra, en un narcisista hay una gran distancia, la misma que existe entre la verdad y la mentira.

Muchas páginas y libros se pueden escribir sobre Stalin. De hecho existen miles de publicaciones sobre su vida y su obra. Las hay de sus camaradas y amigos, también de sus enemigos y detractores. En realidad la vida de Stalin es la vida misma de la primera revolución proletaria. Stalin no hizo la revolución a su medida, la revolución destaco en Stalin uno de sus mejores hijos y dirigentes.

Ecuador, 2012

Unidad y Lucha no. 24